

Pablo de Rokha

NUEVA ANTOLOGÍA.

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE NAÍN NÓMEZ

(Santiago: Sinfronteras, 1987)

“El más grande poeta de mi tierra, de América y seguramente de la lengua castellana, que escribe en un diluvio fantástico desde hace 50 años”, le decía Carlos Droguett a Barral a principios de los 60, en carta de presentación de Pablo de Rokha, escritor completamente desconocido en ese entonces no sólo para el poeta español sino para la inmensa mayoría de los más enterados seguidores de la poesía hispánica. Droguett, sin contenerse, agregaba: “la suya —la de De Rokha—, es la voz lírica más grande, más profunda, más trascendental que ha nacido en este continente después de Walt Whitman. Ambos forman un extraordinario y genial dúo poético, el más permanente, el más actual, el más clásico y revolucionario de la poesía lírica mundial”. Y en apoyo de su opinión citaba la de León Felipe, quien habría calificado al chileno como “el más gran poeta de la lengua castellana en el siglo veinte”.

Juicios son éstos que aún ahora, más difundida ya la obra de De Rokha, pocos se atreven a suscribir pero que, matizados, comienzan dificultosamente a imponerse en años recientes, cuando, además de Droguett, escritores como Díaz-Casanueva, Gonzalo Rojas, Fidel Sepúlveda Llanos, alzan su voz para situar al autor de *Los Gemidos* (1922: el año de *Trilce*, *Desolación*, *El jarro de flores*) en el lugar que con derecho le corresponde entre los poetas verdaderamente significativos de este siglo. El citado Droguett —en prólogo fechado en 1975 que encabeza su selección de la obra de De Rokha publicada en el 86 por Casa de las Américas¹— reconoce desde la partida el carácter marginal del poeta de *Escritura de Raimundo Contreras* (1929): “Trayectoria de una soledad” lo titula.

Y así es. Antologías sin duda valiosas como la de José Olivio Jiménez, por ejemplo, con ya varias reediciones, no consideran al poeta (nacido en 1894, menor entonces que Tablada, Macedonio Fernández, López Velarde, la Mistral, Brull y Gironde y casi coetáneo de Vallejo (1893), Huidobro (1893) y León de Greiff (1895), todos ellos sí recogidos por el estudioso cubano). Otra antología, que se

¹Vid Pablo de Rokha, *Epopéya de las comidas y bebidas de Chile* (La Habana: Casa de las Américas, 1986). El antologador utilizó para su selección el título quizás menos ignorado de De Rokha, extenso poema publicado en su obra *Carta Magna del Continente* (1949).

presenta a sí misma como continuadora de la de Jiménez, la de Rodríguez Padrón (Madrid, 1984), no le reconoce ninguna significación al trazar el panorama protagonizado por aquellos que Yurkevich llama "fundadores". Tampoco Julio Ortega en su *Antología de la poesía hispanoamericana actual* (que parte con César Moro, n. 1903 y termina con Arturo Carrera, n. 1948) ni en el prólogo ni en las minipresentaciones monográficas de cada antologado menciona para nada a De Rokha.

Al señalar lo anterior —y podría multiplicar los ejemplos—, no estoy alzando un dedo inquisitivo contra estudiosos de reconocida solvencia crítica: quiero sólo subrayar que, en efecto, la de Pablo de Rokha fue una "trayectoria de soledad" y parece seguir siéndola. Y eso que no faltan estudios sobre su obra, recargados, eso sí, más de información biográfica que de pretensiones de analizar la obra. Cito cuatro libros, todos editados en Santiago: Mahafud Massis, *Los tres* (1944), Antonio de Undurraga, *El arte poética de Pablo de Rokha* (1945), Fernando Lamberg, *Vida y obra de Pablo de Rokha* (1965) y Mario Ferrero, *Pablo de Rokha, guerrillero de la poesía* (1967).

Si mal no recuerdo, aún entre los jóvenes poetas chilenos recogidos por Soledad Bianchi en su antología *Entre la lluvia y el arco iris* (Barcelona, 1983), sólo uno, Bruno Montane, menciona a De Rokha cuando de hablar de presencia de los mayores se trata. Excepción, también, la de Nicolás Miquea, quien sitúa en el primer lugar de sus preferencias *Escritura de Raimundo Contreras*, calificando la obra del autor como "una configuración de todo lo telúrico que arranca de nuestra conciencia de criollos sudamericanos, suspendidos sobre la propia geografía como sobre una superficie extraña"². Y es entre estos escasos poetas actuales que han sabido reconocer la importancia decisiva y la actualidad de De Rokha que figura en lugar privilegiado Naín Nómez. En el número 2-3 de *El Espíritu del Valle. Revista de Poesía y Crítica* (1987) que dirige en Santiago Gonzalo Millán, aparecen unas "Memorias de Pablo de Rokha (Fragmentos)" —cuya versión completa anuncia Ed. Pehuén para este año—, "reconstrucción" emprendida por Nómez de un manuscrito autobiográfico inédito (parcialmente recopilado en el libro que reseñamos) y de un texto de carácter similar aparecido en 1940 en *Multitud*, la combativa revista cultural de temas ecuménicos que De Rokha fundara un año antes. La lectura de estos *reconstruidos* fragmentos, si se cumple teniendo presente otras páginas de la inmensa obra en prosa de De Rokha, revelan cuán profundamente ha penetrado Naín Nómez en las inquietudes y en las modalidades discursivas del autor de *U* (1927).

Y esto es precisamente lo que da valor al proyecto y a la realización que reseñamos: una selección del total de la extensa obra rokhiana —casi 40 títulos—, dispersa y entonces casi inasequible y escasamente estudiada, selección de los textos más significativos que se emprende con un criterio sólido, el que se basa en un conocimiento efectivo y prolongado de la totalidad del cuerpo escritural del autor. Y una presentación crítica de él en síntesis apretada, pero suficientemente orientadora y digna de confianza tanto en las informaciones que proporciona como en los principios en que funda sus análisis e interpretaciones.

Efectivamente: la selección va desde lo que De Rokha mismo llamara "Versos de infancia" (1916) y que Molina y Segura Castro recogieran en su famosísima *Selva Lírica* de 1917, hata *Estilo de Masas* (1965) y dos "Textos Póstumos". La inclusión de

²En *Extremos. Revista de Poesía*, 1 (enero 1986).

escritos en prosa con los principios estéticos del autor constituye algo más que otro acierto del antologador: en el caso de De Rokha es imperativo hacerlo, pues como él mismo se encargara de puntualizar —y esta frase cierra el volumen que comentamos— “en mis poemas reflejo la estética que proclamo”.

¿Qué estética es ésta? Resultaría desproporcionado e injusto tratar de esquematizarla en dos o tres líneas, pero digamos por lo menos que en el estupeñense ensayo de Nómez hay una clara intelección de lo que el poeta, en ese estilo aluvional tan suyo, reiteradamente propusiera. Del mismo prólogo de Nómez debiéramos destacar también su acierto en proponer que se atiende al contexto sociopolítico para establecer con propiedad las relaciones que con la realidad concreta, y en modalidades muy reveladoras, mantuviera la obra de De Rokha. Ahora, tras las lúcidas reflexiones recientes de Hernán Vidal sobre una estética de la marginalidad y del libro de Rosalba Campra *América Latina: la identidad y la máscara*³, nos parecen más atendibles, más comprensibles, propuestas como la siguiente de Nómez:

el fragmentado, caótico e “impuro” discurso poético del autor se hace sinónimo de una manera de ser americana que no acepta el orden, la disciplina ni la dirección de las fuentes de la metrópoli. Su “escritura” es una búsqueda totalizadora que incluye las esferas de la política, la moral, la economía y la historia y que necesita sobrepasar las contradicciones y alienaciones que existen en el área de lo cotidiano y lo concreto.

Situando a De Rokha en el corazón mismo de las rupturas vanguardistas —dentro pero más allá también de lo acotadamente artístico—, Nómez reconoce la importancia de los *-ismos* europeos en los momentos iniciales del poeta chileno, pero agrega que en su producción también están impresos los sellos de los movimientos artísticos y sociales originales de Chile e Hispanoamérica. ¿Cuáles? La crisis sociopolítica de los años 20 —primera instancia de quiebre significativo en la casi secular estabilidad iniciada por el régimen portaliano—, el caos, desorden y corrupción en que entra el sistema oligárquico. Y, en lo estrictamente literario, una línea que, enlazada al Modernismo, expande su preocupación social y acrecienta el nacionalismo. Nómez singulariza bien, en densos párrafos, a cada autor coetáneo de De Rokha para resaltar lo que es propio de éste. Iconoclasta desde sus inicios (poemas decididamente blasfemos son los de su etapa de juventud bohemia, los publicados en la revista de la Federación de Estudiantes y en *Selva Lírica*) se nutre del Romanticismo más grandilocuente, de Nietzsche y del anarquismo. Siempre irreverente ante lo establecido, espíritu rebelde y desencantado, se expresa en modos discursivos en que dominan lo grotesco, la hipérbole, la antítesis y el coloquialismo. La actitud rupturista encuentra su primera manifestación lograda —sin que la crítica lo percibiera, claro—, en *Los Gemidos* (1922), “el primer libro antipoético de la literatura chilena”, que ahora Nómez describe así: “constituye un extenso canto en prosa poética cuya temática y composición expresan la crisis nacional y la fragmentación del proceso social”. El carácter fragmentario del texto —demuestra el ensayista—,

³Vid Hernán Vidal, *Fundamentos Materialistas Para una Historiografía Estética* (Minneapolis: The Prisma Institute, 1987) y Rosalba Campra, *América Latina: la Identidad y la Máscara* (México: Siglo XXI edts., 1987).

no es gratuito: obedece a la intención estética de estructurar un universo poético en formación, “pero nunca constituyéndose totalmente y donde las diversas partes mantienen relaciones entre ellas sin terminar de solidificarse en un sistema estático”.

Y así, el crítico recorre uno a uno los títulos del poeta acertando en su descripción más justa, imposibles de sintetizar aquí. Lo decisivo, nos parece, es que nos entrega una visión apropiada de un poeta que, como decíamos, si bien cada vez son más los que le reconocen su grandeza, sigue siendo ignorado o descalificado como un “desaforado retórico”. Gonzalo Rojas no hace mucho dijo que De Rokha está esperando todavía “la virtud y el rigor de los estudios sistemáticos con las grandes claves iluminadoras”. De esta índole es justamente el ensayo de Naín Nómez, a quien nos queda pedir ahora el volumen que, con todo el espacio requerido, le permitan acceder a más y más aristas del complejo mundo rokhiano. Nadie mejor calificado que el poeta de *País rigurosamente vigilado* y autor de estudios tan importantes como “Ruptura y continuidad en la poesía chilena actual” y “La permanencia en lo transitorio: una constante estética y existencial en Gonzalo Rojas”⁴.

Marcelo Coddou

Drew University